

La reivindicación del «ahora» y el brillo en la poesía de José Ángel Valente y Jaime Gil Biedma

Ioana Gruia

Con el presente artículo me propongo enunciar y comentar brevemente¹ dos núcleos de significación básicos para dos poetas importantísimos del cincuenta, José Ángel Valente y Jaime Gil de Biedma. Dichos núcleos, insertos dentro de una propuesta temporalista de filiación machadiana² y evidentemente muy relacio-

¹ Ya que se trata de un tema cuyo tratamiento en profundidad excedería con mucho los límites de este artículo.

² Marcela Romano insiste, en su libro *Almas en borrador. Sobre la poesía de Ángel González y Jaime Gil de Biedma* (Mar del Plata, Editorial Martín, 2003, p.145) en la «propuesta poética «temporalista»»³² de Gil de Biedma, aplicable también a Valente, propuesta heredada de la célebre definición de Machado de la poesía como «palabra en el tiempo»: «Ni mármol duro y eterno,/ni música ni pintura,/sino palabra en el tiempo.» En este sentido, los dos poetas siguen el ejemplo machadiano de «poner la lírica dentro del tiempo» (Machado, 1989:1170), su «ejercicio de una función esencial: poner la palabra en el tiempo» (Machado, 1989:1365). Se cita por Antonio Machado, *Poesías Completas y Prosas Completas*, edición de Oreste Macrí, Madrid, Espasa- Calpe y Fundación Antonio Machado, 1989. Una referencia imprescindible al respecto es el libro *La presencia de Antonio Machado en la poesía española de posguerra*

nados entre sí son la reivindicación del «ahora» en el caso del poeta gallego y el brillo del instante para el autor de *Las personas del verbo*.

Sabemos que la ansiedad ante el paso del tiempo es una constante poética y vital en Jaime Gil de Biedma, según él mismo reiteró en varias ocasiones, llegando a afirmar, en la entrevista con Federico Campbell «Jaime Gil de Biedma y el paso del tiempo», que «En mi poesía no hay más que dos temas: el paso del tiempo y yo».³ También en *Diario del artista seriamente enfermo* confiesa: «El mero paso de la edad me ha inspirado siempre mucho temor.»⁴ La lectura de sus poemas confirma que la meditación temporal, desplegada en varias articulaciones –la angustia frente al paso del tiempo y a la vejez, la vinculación del tiempo de la intimidad y el tiempo de la historia, la reclamación del brillo del instante con su potencial vitalista de salvación y felicidad personal– atraviesa toda su obra y constituye, junto con la invención de la identidad⁵ y del personaje poético, la línea de fuerza estructuradora de su poesía.⁶ Como síntomas textuales podemos enumerar «el vértigo del tiempo, el gran boquete abriéndose hacia dentro del alma» («Arte poética»), el «pasado engañoso» («Aunque sea

(Lincoln, Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1983) de José Olvio Jiménez.

³ En Federico Campbell, *Infame turba*, Barcelona, Lumen, 1971, p.249.

⁴ Barcelona, Lumen, 1974, p. 21.

⁵ «La poesía es una forma de inventar una identidad». Se cita por *Jaime Gil de Biedma. Conversaciones*, edición y prólogo de Pérez Escohotado, 2002, p.60.

⁶ Prácticamente todos los estudiosos de Gil de Biedma coinciden en señalar la importancia decisiva del paso del tiempo en su poesía. Véanse por ejemplo: Pere Rovira, *La poesía de Jaime Gil de Biedma*, Barcelona, Edicions dell Mall, 1986 (hay otra edición: Granada, Atrio, 2005); Antonia Cabanilles Sanchís, *La ficción autobiográfica. La poesía de Jaime Gil de Biedma*, Castelló, Col·legi Universitari de Castelló, Universitat de Valencia, 1989; Gonzalo Corona Marzol, *Aspectos del taller poético de Jaime Gil de Biedma*, Madrid, Júcar, 1991; Shirley Mangini González, *Gil de Biedma*, Madrid, Júcar, 1992; Dionisio Cañas, «La mirada irónica de Jaime Gil de Biedma», prólogo a *Volver*, Madrid, Cátedra, 1995; el ya mencionado libro de Marcela Romano (2003); Carole Viñals, *L'expression du temps dans l'oeuvre poétique de Jaime Gil de Biedma*, Lille, Atelier national de Réproduction des Thèses, 2001 (microfichas), etcétera.

un instante»), por supuesto «la ligera sensación / de irrealidad» («Vals del aniversario»), que tiene que ver con la (re)invención de la memoria y el mecanismo difuso y enmarañado del recuerdo, «*Il n'y a plus triste temps que le futur passé*» («Epístola francesa»), el «boquete en el alma» («En el Castillo de Luna»), «aunque fuese un instante» («Pandémica y Celeste»), «el tiempo / que se detuvo, la herida mal cerrada.» («Príncipe de Aquitania, en su torre abolida») y el espléndido final de «No volveré a ser joven»: «envejecer, morir,/ es el único argumento de la obra.»

En la segunda parte de este trabajo me detendré en la reivindicación de la vivencia del instante que lleva a cabo Gil de Biedma en varios de sus poemas. En el caso de José Ángel Valente, cuya poesía se encuentra asimismo marcada por la reflexión temporal (vinculada a un progresivo borramiento del yo lírico desde el sujeto que no se reconoce en el espejo en «El espejo» hasta «nadie», figuración de la subjetividad del libro homónimo), la ansiedad ante el paso del tiempo de Gil de Biedma se transforma en una angustia ante el tránsito del día a la noche, ante la amenaza del límite incierto y el «ancho reino de la sombra», «reino de lo discontinuo», reino donde los «fragmentos fracturados» de la memoria se pueden confundir con el olvido. Lo que aquí nos ocupa es la reclamación desesperada del «ahora» de muchos de los poemas de Valente, que construyen lo que Julián Jiménez Hefferman llamaba una «temporalidad redencionista»:

«[...] la gran desazón del sujeto poemático en los primeros libros de Valente brota de una dilatación de la temporalidad redencionista. Su única seguridad emerge de la convicción de que la salvación tiene una duración diaria, y de que su advenimiento se producirá antes del ocaso.»⁷

Un ejemplo en este sentido es el poema «El día». El alba se espera como una promesa del tiempo que –y de ahí la ansiedad– tal vez no se cumpla. El condicional, el subjuntivo y las repeticiones son fundamentales para construir esta sensación de angustia:

⁷ *La palabra emplazada: meditación y contemplación de Herbert a Valente*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 1998, p. 343.

Si el día llega, cuando llegue el día,
si el día llega para ti no esperes,
hunde la débil nave en las orillas,
como si nunca hubieras de volver,
no esperes.

Valente asimila, según explica Jiménez Heffernán, la lección lorquiana de *Poeta en Nueva York*: «hay cuerpos que no deben repetirse en la aurora»⁸. En este sentido son paradigmáticos dos poemas que dialogan entre sí, «Destrucción del solitario» y «El emplazado». En «Destrucción del solitario» la noche se asocia a la vigilia eterna, a la «ansiedad ante la imposibilidad de la mañana»⁹. La reiteración de «Durante toda la noche» subraya que la noche es el tiempo de la espera, la soledad, el tiempo del «cuerpo ciego» y de la imposibilidad –momentánea– del decir: «Porque nada podía/ ser dicho aún.» En el «aún» se juega todo,

El corazón,
el tiempo, la mentira
de todo, la ceniza
prematura de todo,
como un sutil tejido de lianas
rompía al cabo la verdad.

Y en el tiempo del «aún», de la soledad, se produce la conversión del sujeto en un «emplazado»:

Así, entre el mar
y el inexplicable tañido de un tambor
en una ciudad desierta,
solo de pronto, solo
de acometida soledad,
vela sobre su pecho,
con una zarpa de hambre solitaria,
el que ha sido emplazado a vivir.

⁸ Cfr. *ibíd.*,342.

⁹ *Ibidem.*

Esta suplantación se rechaza en «El emplazado». Lo que se reclama es el «ahora», la corporeidad del instante, frente al «después», a la «eternidad remota»:

No me llames después
ni quieras
a eternidad remota
aplazarme y juzgarme.

El poema, construido sobre las dicotomías «ahora»/ «después» y «cerca»/«remota», «remoto»-

No me llames después:
hay tantas cosas
de llanto y luz urdidas
-ahora, cerca
de mí, que la vida limita.

No a eternidad me llames, no me llames
después, ni quieras
emplazarme remoto.-,

es una reivindicación del «ahora» como constitutivo del sujeto que, en caso contrario, se convertiría en un «emplazado». Estamos ante un sujeto con una aguda conciencia de su corporeidad, de su carácter de «barro» o «ceniza», dos núcleos fundamentales para el yo poético de Valente:

Mira estas manos tristes
de recordarte en tanto
humano amor, en tanto
barro que te reclama, y no me llames
después: júzgame ahora,
sobre el oscuro cuerpo
del amor, del delito.

El cuerpo del amor se reclama desde el «ahora». En palabras de María Zambrano¹⁰,

[...] el amor tiene cuerpo, oscuridad y resistencia, forma suya, oposición. El cuerpo no es instante, aunque acoja al instante en el ahora del siempre del amor, aunque confundiendo se desnazca. Ahora júzgame sobre el oscuro cuerpo que el amor revistió sin deshacerse en el *siempre*, punto cero del amor, no en el para siempre de tan asequible dicción y tan lacio cumplimiento, el *para siempre* también del éxtasis que corresponde al instante de la historia naciente inédita y que luego recae en ser como siempre. Y *ahora júzgame sobre el oscuro cuerpo del amor, del delito*. ¿El delito del amor? ¿O el delito de que el amor no se cumpla dejando su cuerpo? Pues que sólo aquello que deje su cuerpo o su sombra o su huella así será juzgado, escuchamos en *El Emplazado*.

En su análisis del poema, Jiménez Heffernan¹¹ remite a los *Comentarios del Cántico* de San Juan –«el alma enamorada (...) propone sus ansias de amor, querellándose a él de la ausencia»¹² y a un verso del primer soneto de los *Holy Sonnets* de John Donne: «Repair me now, for now mine end doth haste». La resurrección –y en este sentido el título del libro, *Poemas a Lázaro*, es un claro indicio– debe tener lugar «ahora», no en una «eternidad remota». No hay preparación para el futuro, ya que la resurrección comienza y termina cada día: «Dadme un día,/ detened un día», suplica el sujeto en «Los olvidados y la noche», asediado por la angustia temporal: «¿Pero podríamos hablar? /¿hay tiempo?».

El único tiempo que hay, que garantiza la supervivencia de un «yo» que se encuentra «encolando fragmentos», es la jornada, el tiempo abarcado por lo límites del día, ya que la noche, el voraz y ancho reino de la sombra, lo desintegra de nuevo. Como leemos al final de «Los olvidados y la noche»,

Inmensa noche. Solitaria noche.
(Despojado de mí busco mi cuerpo en vano,

¹⁰ «Punto Cero», prólogo a Armando López Castro, *Pájaro y enigma. Estudios sobre José Ángel Valente*, Ourense, Abano, 2000, págs. 14-15.

¹¹ Cfr. 1998:366-367.

¹² San Juan de la Cruz, *Obras completas*, Madrid, Editorial de la Espiritualidad, 1988, p.582.

sigo en vano mi voz.)

Noche: mi sueño
no la puede durar.

El sujeto se agarra al «ahora», al presente. Hay aquí ecos de la célebre sentencia eliotiana –las huellas de Eliot, sobre todo por lo que a la escritura del tiempo se refiera, son fundamentales en Jaime Gil de Biedma y José Ángel Valente– de comienzos de «Burnt Norton»: «If all time is eternally present/ All time is unredeemable». Y resuena también la invocación desesperada del jardín de rosas y de la proximidad de la muerte: «Quick now, here, now, always». «Valente desarrolla su principio de urgencia escatológica, su temporalidad inminente: no me llames después, llámame ahora (*now*).», afirma Jiménez Heffernan¹³, que habla del «jornalismo lírico» del poeta gallego.

La angustia temporal en Valente no es tanto la angustia ante el paso del tiempo hacia la vejez, como en Gil de Biedma, sino hacia el *paso* («No podemos/ pensar... Pasar, pasar, podemos/solamente pasar») del tiempo del reloj bergsoniano¹⁴:

El tiempo arrasa cada vez la vida.

El tiempo incendia cada vez la vida.

El título del poema, de resonancias indudablemente eliotianas, «Para una imagen rota», recuerda no sólo el «heap of broken images where the sun beats» de *La tierra baldía*, sino también la advertencia del mismo «Entierro de los muertos»: «I will show you fear in a handful of dust». El tiempo arrasa, incendia cada vez, es decir cada día, la vida, la vuelve cenizas. Y todos los amanece-

¹³ 1998:367.

¹⁴ En *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* (Salamanca, Sígueme, 1999, p.81) leemos: «Cuando sigo con los ojos, en la esfera de un reloj, el movimiento de la aguja que corresponde a las oscilaciones del péndulo, no mido duración, como parece creerse; me limito a contar simultaneidades, cosa que es muy diferente. Fuera de mí, en el espacio, no hay nunca más que una única posición de la aguja y del péndulo, pues de las posiciones pasadas no queda nada. Dentro de mí se realiza un proceso de organización o de penetración mutua de los hechos de conciencia, que constituye la duración verdadera.»